

El ritual

Cuento erótico

Autora:

Beatriz Jeannethe Navas de Rico

El ritual

En la penumbra del cuarto lo espero con deseo contenido, sentada en un sillón de terciopelo verde. Pasa el tiempo, mi corazón se agita y mi respiración se incrementa; inhalo y exhalo con dificultad mientras trueno los dedos de mis manos sudorosas.

Al fin oigo sus pasos, entra aquel hombre, viene vestido de negro, tapa su rostro con el ala del sombrero. Trae en sus manos un pañuelo de seda, toma las mías, me levanta y me hace dar la vuelta, suelta mi cabello, el broche que lo contenía salta por el piso.

Cubre mis ojos con el pañuelo. Siento zafar la pashmina de mi cuello, arrancar el vestido de encaje de mi cuerpo, liberarlo de la lencería de blonda. Por último, hala el collar, en medio del silencio, escucho las perlas estrellarse contra el piso.

Tiemblo, pero ya nada importa, quiero que siga. Cuando quiero sentir sus manos en mi cuerpo, todo se detiene, el chirrido de la puerta indica que entra alguien más. La puerta se cierra despacio alguien se acerca. No habla; sé que es una mujer, usa perfume de Cartier. Su olor invade el ambiente. Su taconeo retumba en el piso de madera mientras se acerca.

Él la besa sin soltarme, los oigo respirar al unísono. Siento el jugueteo de ambos con mi cuerpo, yo de nuevo me doy... me entrego sin reparos.

Los sonidos de la calle se confunden con el jadear de los anhelos. Manos fuertes recorren mi piel. El hombre se ha quitado la ropa, lo sé... lo siento. Imagino

cada parte de su cuerpo, besa mis senos, me arquea, me besa me sofoca, yo me dejo llevar, cedo, y me abandono sin culpas.

Mientras besa mis labios, siento el aleteo de una lengua húmeda sobre mi cuello, se intensifica el perfume de Cartier. Fibras suaves rozan mis muslos, y manos finas acarician mi espalda. Tiene puesto un abrigo de piel, debajo no lleva nada, frota su cuerpo contra mi cuerpo. Oigo el sonido de sus zapatos al caer, antes de ser arrojada sobre la cama. El ambiente se torna violeta, se impregna de olor a sudor y sexo desgastado.

El éxtasis y los gemidos ahogados se confunden entre sensaciones de dolor y placer inagotables. Las últimas contracciones de mi vagina se acompañan con extrañas palpitaciones en mi vientre.

Mientras ellos se levantan, escucho un ruido del metal que cae sobre el piso, luego sigue un silencio que invade. Él se viste de prisa, susurran entre sí. El abrigo de ella roza de nuevo mis muslos y sus manos acarician nuevamente mi cuerpo. Percibo el olor de Cartier sobre mí, sus labios se posan en los míos, saben a fresa madura. Cuando cesan las caricias —susurra:

—Hasta nunca. Se acabó el ritual

Escucho de nuevo el tac... tac, acompañado de su taconeo antes de cerrar la puerta. Quedo allí, desmadejada, trató de incorporarme y no puedo, un fuerte dolor me hace tocar el vientre, corre a borbotones un líquido caliente.

Zafo el pañuelo de mis ojos, veo una daga de plata cubierta de sangre sobre el piso, la sábana blanca continua tiñéndose de rojo. Siento que me voy lentamente, me voy... entre música de cítara, suspiros alados y trinos melancólicos de oropéndola, los escucho mientras muero como flor de kadapul recién cortada.
